

ALEJANDRO POLI GONZALVO

MAYO, LA REVOLUCIÓN
INCONCLUSA

(1516-1916)

Reinterpretando la historia argentina



ÍNDICE

Agradecimiento.....	13
Introducción	17
El institucionalismo histórico	31
PARTE I ANTECEDENTES DE MAYO	37
I. LA SINGULARIDAD GEOGRÁFICA ARGENTINA	41
1. La Pampa	42
2. Buenos Aires	44
II. FUNDACIÓN MÍTICA DE LA ARGENTINA.....	48
1. Las dos leyendas.....	49
La Sierra de la Plata.....	49
Los hijos de Irala	50
2. La leyenda olvidada	52
III. LA PRIMERA URDIMBRE DE LOS ARGENTINOS.....	54
1. Los hispanoamericanos	54
La Gobernación de Buenos Aires.....	55
La heredad española	57
2. Los bárbaros coloniales	61
Las trayectorias posibles de Buenos Aires	62
Las Galias del Plata	66
3. Los virreinales	67
El Virreinato del Río de la Plata	68

Los ilustrados	72
Las invasiones inglesas	75
PARTE II LOS IDEALES DE MAYO	81
I. ANTECEDENTES DE LA REVOLUCIÓN	84
II. LA GENERACIÓN DE MAYO.....	87
El sueño de Moreno	88
La articulación de los ideales de Mayo.....	93
III. LA GENERACIÓN DEL 37.....	95
La Asociación de Mayo	96
El programa del 37.....	100
IV. EL IDEAL DEL PROGRESO	102
El constitucionalismo de Alberdi.....	105
Los euroamericanos del Sur.....	108
La inserción en el mundo.....	110
V. EL IDEAL DEMOCRÁTICO	112
La democracia posible de Echeverría	113
El ideal olvidado	119
El sufragio en el siglo XIX	122
Hacia una revolución en democracia	124
PARTE III LA PRAXIS DE MAYO	127
I. REVOLUCIÓN Y GUERRA	129
1. Los criollos	130
1.1. La Revolución Hispanoamericana	131
1.2. La Revolución de Buenos Aires (1810-1820).....	134

1.3. La Revolución de las Provincias (1820-1835).....	144
1.4. La integridad territorial	150
1.5. El período guerrero	161
II. LA REPÚBLICA NO DEMOCRÁTICA.....	163
1. Los nacionales	164
El período revolucionario.....	166
Rosas y la unidad nacional	169
El pacto constitucional	174
La guerra del Paraguay	178
Mitre, estadista nacional porteño.....	183
La inmolación de Buenos Aires.....	189
2. Los aprendices de argentinos.....	193
El período positivista.....	194
La segunda conquista	198
Argentina inmigrada.....	201
Democracia y partidos políticos	213
III. LOS IDUS DEL CENTENARIO	219
La Ley Sáenz Peña.....	222
El bipartidismo.....	224
 CONCLUSIONES DE MAYO	 229
 Notas	 237
Bibliografía	257

INTRODUCCIÓN

No existe originalidad en la historia.

El pasado como materia de los sucesos acontecidos es invariable. El pasado es una realidad en sí, sólo que en otro plano ontológico. De allí que no se puedan falsear los acontecimientos pretéritos. Los hombres, los avances científicos, las guerras, los grandes descubrimientos, las fundaciones, las culturas, nacen, se desarrollan y mueren siempre en las mismas fechas. Sin embargo, las historias que se relatan sobre la objetividad inmutable del pasado son tantas como escuelas históricas existen. El pasado es uno solo, pero la historia como quehacer de conocimiento multiplica sus opiniones sobre los mismos hechos. ¿Cómo es posible esta pluralidad de visiones sobre sucesos exánimes, sobre biografías cristalizadas, sobre obras del pensamiento cuyo contenido no cambia?

La realidad está recubierta de interpretaciones, que evolucionan según el progreso de las concepciones del mundo que los hombres se forjan para orientar sus vidas. Las interpretaciones no son la realidad, pero a la realidad pertenece el manifestarse siempre a través de una interpretación. Debido a la mudanza de las interpretaciones sobre la realidad, cada época aporta una nueva perspectiva sobre el pasado. Al que traslada sus conjeturas y sistemas de valores actuales. Consciente o inconscientemente, los hombres rescriben la historia del pasado al impulso de las hipótesis vitales que conforman su sociedad. Por eso, Orwell sabía que modificar el pasado a voluntad es la llave para dominar el presente.

Todo se reduce a una cuestión de perspectivas. Cuando los historiadores y los pensadores debaten sobre el significado de los acontecimientos que documentan las fuentes históricas, lo hacen poniendo foco en puntos de vista determinados, provistos por las interpretaciones vigentes en su época, o por sus personales criterios intelectuales. Cada nueva interpretación se agrega a

las preexistentes y reobra sobre ellas. Según este modo de ver las cosas, la historia es el método teórico que revela las diferentes interpretaciones que el hombre ha ideado sobre el pasado. Merced al saber histórico, el hombre asiste al despliegue de las interpretaciones del pasado y en ese mismo instante se da cuenta de que su mundo está condicionado por esas interpretaciones y que su olvido o su deformación lo afectan en su vida presente. El hombre recurre al pasado para comprender el presente.

Una precisión es necesaria.

Las interpretaciones sobre el pasado no siempre están justificadas. El pasado tiene sus fueros y no es posible referirle interpretaciones que no sean una auténtica manifestación suya. El saber histórico cumple una misión esencial al descubrir qué interpretaciones dan razón de las circunstancias que estudia y cuáles no. En la búsqueda de cumplir esta misión, el saber histórico ingresa en las arenas movedizas de quienes se creen en el derecho de sostener todo tipo de hipótesis. Como si el subjetivismo estuviera mejor permitido en la ciencia histórica que en la física. No es sencillo refutar estas conjeturas enajenadas. Una forma de desenmascararlas es poniendo a prueba sus premisas principales. Si de la aplicación de éstas a la realidad no se logra comprender por qué la realidad presente es la que es, la interpretación no es adecuada. Como el saber histórico es una combinación de teoría y elementos empíricos, el método propuesto consiste en validar las interpretaciones del pasado en tanto y en cuanto de su explicitación se obtenga una descripción inteligible de la realidad presente. Para ello, se deben analizar las posibilidades disponibles en cada época en relación con la pretensión colectiva de un pueblo.

La pretensión colectiva de un pueblo resume el proyecto de vida en común que le otorga sentido y a cuyo amparo las generaciones se reconocen como parte indisoluble de una sociedad. De allí que aprehenderla sea decisivo a la hora de reconstruir su historia, más decisivo que desempolvar sus archivos y estudiarla cronológicamente. Por su parte, las posibilidades son el resultado de las facilidades y dificultades, de los recursos y carencias, que se ofrecen en una circunstancia determinada, pero sólo existen como tales en función de una pretensión colectiva determinada. Las posibilidades no existen *a priori* y de modo independiente, como si constituyeran un elemento más de la circunstancia que le toca en suerte a un pueblo; sólo existen posibilidades cuando la sociedad proyecta sus pretensiones de cara al futuro. Y sólo algunas de ellas son posibles. Una posibilidad posible luce como una redundancia, pero conviene que sea así para eliminar de plano posibilidades que únicamente existen en la imaginación de quienes estudian una época con los valores de otra. Cuando un pueblo opta por una de estas posibilidades se inicia una trayectoria. Las trayectorias son el resultado de elegir alguna de las posibili-

dades que se ofrecen a un pueblo en razón de su proyecto de futuro: son las *trayectorias posibles*.

En el caso argentino, una interpretación sobre nuestro pasado será auténtica si facilita comprender las trayectorias por las cuales nuestra realidad ha llegado a ser lo que es. Caso contrario, el saber histórico decae en especulación sin fundamento *in re*, o en mero activismo político.¹

Coherente con los criterios enunciados, el presente ensayo no contiene hallazgos historiográficos, pues estima que el pasado argentino ha sido profusamente investigado por un nutrido y bien calificado grupo de autores argentinos. En contrapartida, propone una interpretación sistemática de nuestro pasado, que sirva de guía rectora para comprender la formación del pueblo argentino y dar razón suficiente de nuestra realidad colectiva presente. De este modo, intentará utilizar criterios de interpretación que tornen comprensible la materia histórica acumulada a nuestras espaldas y aporten luz sobre las vicisitudes de la historia argentina, para muchos un enigma no resuelto, quizá porque las interpretaciones corrientes del pasado patrio han apuntado más a debatirlo ásperamente que a integrar la cuantiosa masa de datos disponibles en un nuevo proyecto de vida. No existe la originalidad en la historia pero existe, en cambio, la posibilidad de ensayar una síntesis de las interpretaciones tradicionales.

Dos escuelas historiográficas principales reivindican para sí la interpretación fidedigna del pasado argentino: la representada por la historia canónica y el revisionismo.

La historia canónica constituye la primera gran interpretación de nuestra historia y la que mayor influencia ha ejercido en conformar la conciencia cívica de los argentinos. Bajo este nombre se agrupa la insigne obra historiográfica iniciada por Mitre, complementada por los autores liberales y del positivismo, cuya madurez se alcanza con la *Historia de la Nación Argentina* publicada a partir de 1936 por la Academia Nacional de la Historia, con la dirección de Ricardo Levene. Desde entonces y merced al aporte de docenas de autores, la historiografía clásica argentina incorpora métodos de investigación rigurosos, acordes con el moderno desarrollo de la disciplina histórica en el mundo. No resulta preciso denominar a esta corriente historiográfica con los términos usuales de historia oficial o liberal, porque los autores que la enriquecen con sus trabajos exceden esos marcos conceptuales. La historia canónica alude a una historiografía sólidamente asentada, que durante muchas décadas tuvo la absoluta primacía intelectual, y de cuyos postulados se nutrió la educación escolar argentina hasta bien entrado el siglo XX. Esta primacía no significa que entre sus autores no hayan existido fuertes